

Un poeta de la tierra

CRISTIÁN VILA RIQUELME

La provincia, y sobre todo aquella de la costa, tiene un ritmo privilegiado para las cosas de la poesía. Para su lectura, por ejemplo. Lo que no quiere decir que en un trayecto en el Metro de Santiago no se transforme en un cruceiro o en un lugar de la memoria cuando lo hacemos leyendo poesía. Todo esto porque hace un tiempo llegó a mis manos una antología poética de Floridor Pérez, *Obra Completa-miente incompleta* (Planeta / Universidad Nacional Andrés Bello, 1997), que he leído y releído con placer porque tiene materia de infancia, cuerpo de mujer y sorpresa de adolescente, pero también la frescura e irreverencia del regreso permanentemente a esos mundos siempre nuevos.

Por ejemplo, hay un poema que, podría decirse, resume lo dicho con una atmósfera de cuento leído o escuchado en la niñez: "A quién llamar en la cosa vacía. Sólo a las puertas don la muerte. Ellas dan la manilla y se abren de par en par. Una silla me dice tome asiento. La mesa puesta espera a los amigos que nunca regresaron. Tanto tiempo hace que la evaden tu y vienes por sus perdidas, que ya no recuerdas si estás allí para subir o bajar. O para que mude hasta nosotros el eco de los pasos de la infancia".

Pero Floridor es también un poeta del arraigo, así como otros lo son del exilio: "La casa es interior y la llevamos/ buscándonos también de puerta en puerta (...) La casa va en nosotros; la habitamos hacia dentro, y en nosotros se adentra (...) La casa no es la casa, es el regreso/ no hay recinto más tibio que tus brazos/ ni hay atmósfera más blanda que tu pecho/ porque mejor que el vino son tus besos/ y más suave que cuando es tu regazo/ y subes ser tentona, meseta y lecho". Un arraigo que es el amor de una mujer, más allá y más acá de la inclinable mesa más palpable, más temena. Es la mujer que se compara con la patria: "Yo te llevé-lesa-lesaria/ si nadie más si naciera si naciera/ y tu fueras la patria! Con tus temores y tu/ vestigiosa/ ventiqueda". O, incluso más, la patria misma es la mujer amada: "Yo el amante ejemplar herido/ Yo el patriota que morir por la amada", porque también alguien decía: la patria es la infancia. Pues aquí el arraigo tiene la consistencia del pan y la claridad de la vid y, en el caso

del siguiente poema, la brevedad evocativa de un haiku: "Comed de esta espiga/ bebed de este racimo/ y brindad por la tierra".

También merecen especial atención los poemas pertenecientes al libro *Cartas de prisionero*, donde el vate combina "el estamento enamorado" con el resto de los estamentos golpeados por los sucesos de septiembre de 1973, y habla de la pequeña historia, de la historia paralela -la única importante, en suma- en un mirar y amar cotidianos a pesar de la represión y de la sangre -o por eso mismo-, que redescubre la vida y su fuerza invencible ante cualquier tirano: "Me pusieron contra la pared, masón arriba/ Me registraron meticulosamente/ Sólo hallaron retratos con tus ojos/ y una antología con mis versos (...) No saben -no decían- qué les esperan/ Pero yo la sabía/ Tras días pálidos meses suenos/ tú me esperabas a la puerta del cuartel/ ¿Y esa fue mi victoria?".

Como en ese poema, la portada inconclusa, en que uno de los jugadores de ajedrez -el de las piezas blancas- es fusilado y rodea la fatalidad, el ananké de los griegos en todo lo que eso tiene de vida y de muerte en este mundo: "Años después le cuento a mi poeta: /Sólo dices/ Y si te hubieran tocado los blancos?".

Por eso, debo citar a Gonzalo Rojas que, en el prólogo, dice que Floridor Pérez "nació artíspe y sigue siendo artíspe diáfano y viseor de este lado y el otro del horizonte, que descifra fortunas e infortunios en el vuelo de las aves". Es decir, un adivinador, pero a partir de las entrañas del sacrificio, o del que está inmerso en el rito y en el sacrificio y ejercita la extensión del ojo más allá de lo meramente visible. Y por eso mismo pegado a la tierra, en el polvor y en el subir y bajar del "vuelo de las aves".

La poesía de Floridor -lo vuelvo a decir- está hecha de tierra. De tierra húmeda, olorosa como un cuerpo de mujer, pero también de arena, como el tiempo: "Los orgullenses campesinos/ sólo se inclinan ante la tierra. La tierra ensucia los manos/ pero limpia al hombre".

¿No crees, cómplice lector, que todo esto merece más de una visita al territorio de este poeta? *



3/5/98

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un poeta de la tierra [artículo] Cristián Vila Riquelme. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa